

“Puerto” cuento que forma parte del libro *“El Contramaestre”*, publicado por la Editorial Alonso de Ovalle, Santiago, 1951.

PUERTO

Estaba triste. La mujer amada se iba de viaje en uno de esos barcos con olor a jabón de tocador. Fue una manera elegante de dejarme.

En el puente, echándome los brazos alrededor del cuello juró serme fiel. Me arrastró con ella a la cabina. Allí sollozando se me entregó con la facilidad de lo rutinario. Para mí fue una ofensa: como si me echasen un mendrugo de pan al suelo. Sentí asco.

Después vino la despedida tierna y dulzona: pero yo no estaba ya en el puente, me había trasladado a las calles de los cerros. El día era muy diáfano. En la claridad de la atmósfera resaltaba el color de las casas encaramadas, con sensual nitidez. Allí me nació el deseo violento de recorrerlas. Felizmente no tuve que soportar con plena conciencia el palmoteo compasivo de mis amigos y la intención dirigida de las mujeres. Sin embargo, no estaba del todo abstraído, pues oí que le decían:

-¡Qué de conquistas vas a hacer Nieves...! Con lo bonita que eres.

-¡Cuidado con aquel pasajero que te mira tanto...!

Me sorprendí sonriendo como un idiota. Las despedidas siempre resultan más prolongadas de lo que uno pudiera desear y se dicen en ellas tantas palabras innecesarias. ¡Cuánto mejor sería no ver alejarse a los que uno ama! Era desagradable todo aquello. Con seguridad mis amigos se sentirían obligados a consolarme alrededor de una mesa en cualquier bar. Fue justamente la idea de su compasión la que me determinó a abandonar el barco. Nadie llegó a enterarse. ¡Qué alivio sentí cuando abandoné el muelle, liberado al fin de tanta vulgaridad!

El sol de la tarde brillaba como espejo en los vidrios de los cerros. Los vendedores ambulantes pregonaban su mercancía transportada sobre burros. Y la gente deambulaba subiendo y bajando las empinadas calles. Anduve un largo rato sobre las enmarañadas callejuelas. Luego entré a un túnel oscuro, en cuyo fondo aguardaba un ascensor. Junto a la oscilante llama de una vela, una niña de delantal blanco vendía peques. De la roca viva, un hilillo de agua chorreaba los pies de la chica. Le di algunas monedas.

-Para alfeñiques- le dije, ante su intención de poner en mi mano la masa grasienta.

Sin responder, se limitó a envolverme con sus grandes pupilas de aceitunas, guardando las monedas.

“EE misteriosa” –pensé. Había algo trágico en la oscuridad del túnel, el blanco delantal y la mirada seria de la pequeña. Era como si en un instante se sintiese envuelto en una atmósfera blanda de simpatía. Sentía la libertad, golpearme el cerebro, lo sofocado y reprimidos abrirse brecha y brotar a borbotones. Me apoyé contra la crujierte ventana del ascensor y solloqué. Estaba solo. Bien podía permitirme esa debilidad. Ya nada volverá, me dije. Aquí se termina una etapa de mi vida. Vendrán otras mujeres. Volveré a amar, a ilusionarme, a creer que por fin llega la definitiva, la esperada, la perfecta, y todo será mentira y viviré sabiéndome sumergido en un engaño. ¿Pero si acaso el hombre no puede

huir de esa eterna búsqueda de completarse con otro? ¿Sentía amargura, necesidad de creer? La fe. ¿Dónde estaba? ¿Limpia, tranquila, reconciliadora? ¿Dónde? Si al menos ese desolador abismo hubiese algo a que poder asirme, aunque sólo fuesen los cabellos de todas las muertas. Pero que hubiera una fuerza palpable. Y dentro de mí sentí nacer con tierna melancolía eso yo ignoto, rara vez comprendido y siempre engañado. ¿Por qué ese empeño en crearme un ser enmarcado en límites precisos? ¿Acaso me conozco? ¿No hago al día mil cosas que no me producen ninguna satisfacción y dejo de hacer otras tantas pequeñeces que me reconciliarían con los mezquinos placeres cotidianos del hombre? Entonces rompí reglas que me enseñaron cuando pequeño y que todos los días me proporcionan placer. Desde ese día extraigo con el índice y el pulgar la nata que se forma en la superficie de mi taza de mi desayuno. Me acuesto con calcetines en las noches de invierno, para mantener mis pies calientes y soluciono los rompecabezas en los periódicos. Pero hay tantas... tantas pequeñeces que sofoco. Soy complejo. Fatal y tristemente complejo.

Salía de la jaula. Había viento sur. Caminé.

Aire. Luz. Luz azul de atardecer, viento entre los cabellos, formas de mujer. Risa de niños. Llanto de criaturas. La Comparsita en un gramófono. Aquí hay vida, me dije, mirando con desdén hacia la gran ciudad. He aquí el esfuerzo latente. Quiero unir mi aliento al de ellos, mi energía. Les necesito. Tuve deseos de golpear las puertas. Llamar a gritos a todos y decirles: ¡Sálvenme!

La calle se veía desierta con sus millares de escalones y ropa colgada. A lo lejos un chiquillo conducía un burro y una viejecita se arrimaba a una muralla. Sin conseguir contenerme, grité. Aparecieron varias cabezas en las ventanas y de una esquina emergió un grupo de niños que jugaban con una pelota de trapo. Acercáronse a mí, sorprendidos. Me rodearon, y uno, el menos tímido, seguramente, preguntó:

¿Eres tú quien gritaba?

-No- mentí.

No se movieron. Seguían ahí escudriñándome.

¡Con permiso!, exclamé, separándolos de mi camino, y doblé en la primera bocacalle.

Soñaba con la quietud. Era un anhelo largos años reprimido. Estaba cansado. Siempre he amado templarme unos instantes al sol, cuando todo se detiene y la tierra grávida interrumpe su gestación para sólo adorarlo. Denme paz, olvido, sol, descanso. Cuando muera, quisiera dormir sobre la superficie de la tierra.

Miraba los edificios con curiosidad. ¿Cómo lograban construir aquellas casas apiñadas y como a horcajadas una sobre otra? ¿Qué sentido arquitectónico tan desarrollado guió a esos nativos? Había en esos opilares el eco de una raza obscura, que por serlo tanto mantiene la incógnita de su origen. ¿Por qué son tan curiosas, personales, extravagantes? De un techo de calamina, surge una higuera. Otra tiene un balcón cimbreado, complicadas escaleras: un sinuoso sistema de ascenso. Subí largo rato. El caminar me extenuaba. Torcí a un lado y otro, cada vez más sorprendido con los nuevos hallazgos. De pronto me vi, en una callecita empinada de adoquines, de tránsito, sólo posible para burros. La sentí especial, diferente. Tenía un encanto indescriptible. Comenzaban las sombras a empaquetar las calles, cuando el viento su cogiendo los papeles dispersos los arremolinó en espirales. Me subí a la vereda. Alcancé a dar tres o cuatro pasos, cuando veo la puerta abierta de una de

las casas. Entré, no sabría decir por que razón, seguramente para conocer su interior, por penetrar algo en la forma de vida de aquellos seres osados que aventuraban su existencia sobre cuatro enclenques maderos. Nadie salió a mi encuentro. Un pasadizo oscuro me condujo de inmediato hasta un gran ventanal con vista a la bahía. Desde allí pude divisar el barco de Nieves que se alejaba. No sé si era el mismo barco. Pero yo sentí que mi vida se rasgaba en dos y al verle deslizarse por el mar me despedí de ella. Las luces comenzaban a encenderse. Me mantuve mucho rato asomado al balcón. Por último, cansado ya, encendí una cerilla para ver donde estaba. Con una vela que encontré sobre una botella fui alumbrando los muebles a mí alrededor. Era un comedor con sillas de mimbre y vulgares aparadores de madera. Un mantel floreado sobre el muro, un almanaque y dos paisajes enmarcados en terciopelo, completaban el mobiliario. Abrí una puerta, la pieza vecina era semejante al comedor. Se notaba que era una galería, posteriormente dividida, pues el ventanal ocupaba una de las murallas. No había en ella más que una cama, una pecera con tres pescaditos rojos y un espejo. Junto al lecho, una puerta. Al abrirla imaginé encontrar una sala de baño y casi me precipité al vacío: aquella puerta no conducía a ningún lugar. Estaba abierta sobre el abismo. Posiblemente se propusieron darle un fin útil: una escalera o resto de edificio, pero la idea sólo quedó en el proyecto y nadie tomó la precaución de tapiarla. El resto de la casa no tenía nada de extraordinario. Estaba cansado y me recosté sobre la cama mirando desde allí el guiño de las luces. Me fui quedando dormido. Al amanecer desperté. Una mujer joven entró en la habitación. Vestía abrigo negro, usaba el cabello suelto y parece que no estaba pintada. Me incorporé en el lecho sorprendido de hallarme allí. Iba a hablarle en el momento en que la mujer arrojó su abrigo al suelo y sonriendo empezó a desnudarse.

-¿Por qué no te has acostado dentro de la cama?-me reprochó.

-Perdóneme- balbuceé, confuso ante el tuteo. – Yo no tengo nada que hacer aquí.

¡Me voy! –exclamé dispuesto a marcharme.

Me miró –con sus ojos inmensos- sorprendida, y agregó burlona:

-Siempre dices lo mismo y sin embargo te quedas.

-Pero si yo no la conozco. Es la primera vez que la veo. No tengo por qué estar aquí.

¿De quién es esta casa?

-¿Ahora me vas a decir que no sabes de quién es esta casa? Y estás durmiendo en ella. Ven, no te pongas nervioso.- Y diciéndome esto, se deslizó bajo las sábanas. Sus brazos ardientes se enlazaron a mi cuello. Reía.

Yo deseaba insistir a fin de dejar en claro que había una equivocación; pero, al mismo tiempo, me era molesto reconocerme intruso. Además, esa mujer tenía un metal de voz arrollador: tanto cariño insinuaba su cálida modulación. Siempre, cuando he tenido pena, he deseado estrechar entre mis brazos cualquier cuerpo de mujer cariñosa. Es sentirse menos solo o más solo, no lo sé. ¡Tal vez es la idea! El caso es que obedecí. ¡Y cosa extraña! Su temperamento poseía la particularidad de corresponder exactamente a la idea que yo tengo del amor. Era una amante refinada y sutil. Su experiencia no le permitió torpezas. Además, para mí ofrecía el encanto de lo desconocido. En verdad, todo esto me llenaba de sorpresa. Con ella recorrí zonas ignoradas. Fue un viaje voluptuoso a través de todo lo desconocido que tenemos y que tan torpemente ignoramos.

Sentí un alivio enorme. Ya no estaba triste, ni desesperado por la marcha de Nieves. Sentía paz, fe, firmeza. Era yo otra vez. Recuperé mi personalidad y mi aplomo.

De pronto me apartó de su lado y mirándome en las pupilas dijo:

-¡Mañana llegaré más temprano!

Luego se preocupó por la hora y cuando supo que eran las siete no conseguí convencerla que permaneciera en el lecho. Se incorporó como resorte.

-Levántate tú también, mientras te preparo el desayuno. Y sin más, desapareció tras la puerta.

Pensé un instante que no experimentaba ningún deseo de vestirme. Tampoco obtenía gran cosa con quedarme en cama ya que era preciso llegar a tiempo a la oficina. Un oficinista no se puede permitir el lujo de ausentarse por dos días sin permiso, y ya lo había hecho el día anterior por la partida de Nieves.

Apenas me hube vestido apareció instándome para que pasara a beber mi desayuno en el comedor.

-¿No me acompañas?- la interrogué, deseando su compañía, pues así podría preguntarle alguna cosa sobre ella.

-No tengo tiempo porque salgo a las ocho en punto.

Como yo insistiera, respondió molesta:

-No puedo. Quisiera que no me hicieses tantas preguntas. –Y rápidamente como para borrar el efecto de estas palabras, corrió hacia mí y, empujándose, me dio un beso.

-¡Sólo te puedo prometer llegar más temprano!

La miraba por primera vez: en la penumbra del amanecer sólo pude adivinarla. Sin ser bonita como Nieves, me pareció más atrayente. De seguro, si la hubiese visto en la calle no me habría llamado la atención, Era más bien de tipo vulgar. Morena, de mediana estatura, boca grande, manos afiladas, tenía unos profundos ojos negros, de tal manera expresivos al hablar, que se transformaban en el centro de su persona. Los ojos y su cabello, sobre todo su cabello suelto, aleonado, sujeto por una peineta, era de su cabeza lo que más me excitaba. Su cuerpo bien formado no me atraía. Si no la hubiese poseído, jamás habrías adivinado toda su atracción.

-Me voy. ¡Adiós! –exclamó una vez concluido el aseo.

-Te acompaño. Iremos juntos- dije levantándome.

-De ninguna manera. No tengo por qué pasar una molestia – dijo, y se marchó.

Yo quedé alelado. En verdad nada sabía de ella. A lo mejor era casada o no quería que los vecinos se enterasen. En fin, de todas maneras tendrías sus motivos y yo tampoco deseaba intervenir en su vida privada. Con tranquilidad recuperé mi lugar junto al desayuno y paladeé el placer de sacar la nata con los dedos. Un rayito de sol vino a hacerme compañía en ese instante. Estaba totalmente satisfecho. A los lejos, piteaban los barcos sobre el mar y la vida se tornaba amable y la ciudad perdía sí su rostro trágico y odioso.

Después, descendí despreocupado por escaleras y ascensores, sin advertir el nombre de la callejuela. Tal vez me sentía cerca de mí mismo.

Por la noche, la víbora de la inquietud comenzó a morderme vivamente. Estaba ansioso de sentir sus brazos alrededor de mi cuello y dirigí mis pasos hacia su casa. No me imaginé que pudiera ser una empresa tan difícil. Era imposible encontrar el ascensor dentro del túnel. A cuantos interrogué lo ignoraron. Entonces, guiado más bien por innata

orientación que por recuerdo, llegué a un cerro. Arduo es reconocer calles para quien no tiene costumbre de transitar por ellas. Estaba desesperado. Comencé a bajar lentamente las gradas cansado de mi inútil afán. De repente, apareció una luz blanca, allá abajo, en la primera grada de la escalera. La forma blanca oscilante golpeó mi cerebro. ¿Dónde había visto una figura semejante=? Acelerando la marcha me detuve cerca de ella, sin lograr tomar posesión de mi recuerdo. Sobre un brasero semientendido había peques. Y aquí que recordé: la chica del callejón. La miré. Sentí calor en mi cara. No era ella. Quise, sin embargo interrogarla. No adelanté gran cosa, pues no supo decirme dónde quedaba tal ascensor. Felizmente, los niños gozan satisfaciendo la curiosidad de los mayores.

-Espere un momento – me dijo-. ¡Ya vuelvo! – y desapareció tras la puerta bamboleante de la cantina, dejándome a cargo de su mercadería.

Al poco rato regresó, seguida de un hombre.

-¿Usted quiere saber donde queda el ascensor X?

-No recuerdo exactamente como se llama- dije- pero está al fondo de un túnel.

-¿A qué parte quiere ir?? ¿Cuál es el nombre de la calle?

¿qué podía yo contestarle?

-No sé- balbuceé confuso.

El hombre me miró algo extrañado. Sonrió, agregando:

-Tiene que ser al ascensor X No puede ser otro. Le queda bien distante, tiene mucho que caminar. Y se enredó en una explicación larga y detallada que yo seguí con todos mis sentidos. Agradeciéndole, emprendí nuevamente la marcha en el deseo desesperado de encontrar la callejuela. A ratos, desalentado, resolví desistir de mi empeño. Me parecía imposible ubicar aquella casa, en ese cerro lleno de laberintos: No me resignaba a dormir sólo. Era como si aquellas brazas fueran dos tenazas que apisonaran mi voluntad. Me detuve en una esquina, procurando orientarme.

-¿Busca alguna dirección?- Me preguntó una mujer. No le contesté y reemprendí la marcha, pero ya totalmente desorientado. Volví a detenerme al poco rato. No tenía ningún objeto seguir mordiendo calles perdidas. Sería mejor regresar a mi pensión. Comenzaba a cansarme: Miré enfrente y, mudo de asombro, reconocí la casa que tenía delante. La observé largo rato a fondo incrustarla en mi mismo. Después fue a su puerta entornada y entré.

No tuve que aguardar mucho tiempo, pues Magdalena llegó como a las tres de la mañana. Su temperamento amoroso se había multiplicado de tal manera que no creo haber experimentado otra noche más rica en matices que aquella...

Por la mañana ocurrió lo mismo que la noche anterior. Alas siete se levantó con precisión de cronómetro, sin permitirme permanecer en la cama.

-¡No dejes de volver esta noche!...-Exclamó al despedir de mi.

No tenía para qué recomendármelo. Lo único que deseaba era ser su esclavo,

A fin de no malograr el encanto, reprimí el deseo de acompañarla y preguntarle sobre ella. Fuera de su nombre nada más supe, pues apenas hablamos.

Satisfecho, descendí el cerro a pie advirtiendo todos los recodos de las calles. Ahora estaba tranquilo. En el bolsillo de mi chaqueta llevaba anotado en un papel la dirección.

Súbitamente sentí una carrera. Me volví y divisé a un muchacho corriendo con la chaqueta en la mano. A cierta distancia un policía gritaba:

-¡Atájenlo! El muchachón se escurría salvando los obstáculos con una ligereza impresionante. Como todos le dejaban el paso libre. Opero no faltó uno, precipitándose encima, procuró sujetarle. Parecía una bestia acorralada. No comprendo que me dio. Sentí sublevárseme la sangre en las venas y le di un violento puñetazo en la nariz.

-¡Arranque! – le gritó al pillito, haciéndome cómplice de su delito.

La gente se abalanzó sobre mí como fiera y yo a golpes logré escapar y emprender la fuga.

Oí los pitazos ensordecedores brotando de las esquinas tres flamantes policías. Y así sucedió que una diáfana mañana de Octubre fui conducida como un vulgar ratero, entre dos guardias, a la comisaría.

Es idiota como los actos inconcientes enredan el destino. ¿Qué era lo que me unía a aquel desconocido que junto a mí acesaba con el pecho al aire y la camisa al viento? Es la desgracia del otro, tal vez, lo que yo soporto mal. Lo ignoro. Nunca he sabido mucho sobre mí mismo.

Al pasar, la gente nos miraba con curiosidad.

Fue inútil convencer a los gendarmes de mi inocencia e impedirles que me sujetaran por la manga. Quise tomar un taxi para no pasar ese bochorno. Sufrí pensando en la posibilidad de ser visto por algún amigo y lo que era peor, por uno de mis compañeros de trabajo. Pero ellos eran intransigentes en sus obligaciones y creían ser sobornados si aceptaban, ante lo cual, aumentaron su inflexibilidad. Felizmente no tardamos en llegar. Nos dejaron en una sala oscura, pintada de blanco y verde.

-Siéntese allí- nos dijo el policía, señalando un banquillo al fondo. Permanecía de pie y me acerqué al oficial de guardia que inclinado escribía en un libro, sobre su pupitre.

- Señor oficial de guardia, dije, siendo de inmediato interrumpido por nuestro perseguidor.

-Siéntese- ordenó-. Usted está preso.

Indignado, me defendí. Mi furor crecía a medida que tomaba conciencia de mi estupidez. Una violenta ira conmigo mismo me torturaba.

-¡Silencio!- Exclamó irritado el oficial. Y dirigiéndose al policía que permanecía cuadrado en posición militar, prosiguió.

-¿Qué ocurre cabo? Por su boca me enteré ser cómplice de robo, contrabando y de algo más que no pude oír claramente, pero que le produjo gran estupor. Nos miro con desprecio. El oficial escribía toda la declaración hecha con el cabo con indiferencia. A ratos, descansaba fumando un cigarrillo para hacerse repetir la narración.

Una vez que hubo terminado, me acerqué a su escritorio alegando mi inocencia. Tomó nota y tranquilamente me dijo:

-Todo esto se lo explicará al juez. Por las declaraciones no puedo soltarlo. Es ésta una banda organizada que hace muchas fechorías. Ponga sobre la mesa todo lo que lleva consigo y déme su carnet.

Urgué en mis bolsillos presuroso, no encontrándolo. Entonces recordé haberlo dejado en mi dormitorio.

Se me ha quedado en la casa de pensión-expliqué- pero puedo ir a buscarlo. ¿Por qué no me suelta bajo fianza? Tengo dinero. También puedo telefonar para que me lo envíen –agregué ante su sonrisa burlona. -No es del todo necesario- ¿Su nombre?

-Nicolás Bernales.

-¿Su dirección?

Dí todos los datos.

-¿recuerda el número de su cédula?

No recordaba.

Cogió el teléfono y repitió mis indicaciones. Seguramente hablaba con Identificación.

-Ahora, ¡despeje! – exclamó dirigiéndose al gendarme.

Este me tomó de un brazo y me introdujo en una pieza impidiéndome así conocer la declaraciones de mi casual compañero... y con ello mi comprometida culpabilidad.

Por cierto que no era muy confortable el lugar. Maloliente, sucio y frío, contribuyó a deprimirme. Sin embargo no tuve gran inquietud. Reconocía esta situación tan absurda, ajena de tal modo a mi persona que se me antojaba increíble que estuviera en la cárcel. En el fondo, me encantaba que pudiesen sucederme cosas semejantes.

La espera fue larga. Cuando transcurrieron dos horas empecé a intranquilizarme. Al Cabo de ellas, llegó mi compañero en un estado de irritabilidad alarmante. Furioso contra mí, no cesaba de insultarme.

-Vos tenís la culpa. ¿En qué te metiste a armar rosca? A mi no me hubiera pillado nunca el paco ése, si no hubiera sido por los pitazos de alarma.

Me reconocí culpable.

Comenzó a atizarme la ira y abriendo la única puerta entré a la sala donde continuaba escribiendo el oficial de guardia.

-¡Usted! ¿qué hace aquí? – exclamó al verme.

-Quisiera telefonar a mi abogado, porque no tengo la intención de permanecer en la Comisaría.

-Puede hacerlo si quiere.

Cogí el teléfono comunicándome con su estudio. Desgraciadamente no estaba. Le expliqué a su ayudante lo mejor que pude mi situación, apremiándolo para que viniera personalmente a abogar por mi causa, si no ubicaba a su patrón. Me repuso que sería imposible por tener que marcharse a la capital. Menos mal que me dio el nombre del abogado suplente del estudio.

Sin desalentarme por este nuevo contratiempo le llamé comprometiéndolo a venir en el acto.

Habría transcurrido media hora, durante la cual mi compañero no habló, cuando abriéndose la puerta vi en el umbral a un caballero chiquito, de enérgica voz ronca que dijo ser el abogado suplente y llamarse Daniel Salas.

Desde el primer momento me desagradó, a pesar del tono optimista de su conversación, y me sentí más oprimido que nunca. Se veía tan insignificante, que consideré mi causa perdida. No me instaba a hablar, menos a relatar lo ocurrido. Sin embargo, tuve que exponer mi situación.

Mirándome incrédulo, me palmoteó el hombro para envalentonarme seguramente, pues dijo:

-Cuénteme la verdad, conmigo sea sincero ¿Cómo quiere que lo defienda?

-Pero es la verdad. ¡Yo soy inocente!

-¡Me parece extraño! – repuso y un furor comenzó a dominarlo, enrojeciendo de ira.
-Si usted no me dice cuál es la situación verdadera con respecto a este detenido, yo no puedo intervenir.

-Hoy lo he visto por primera vez. Ni siquiera tengo conocimiento de qué se le culpa. Ignoro por qué lo haría. El caso fue que mi compañero comenzó a suministrarle una serie de mentiras que el abogado escuchó atentamente.

-Pa qué me negai. Tan afutado que te han de ver, cuando somos compañeros. Sin eso: ¿por qué te ibai a meter a defenderme?

Jactándose de sus fechorías, prosiguió:

-¿Ahora ni te acordai cuando asaltamos la agencia de empeño y tú te quedaste con el telescopio? ¿Ni del contrabando de pichicata?

El chicoco del abogado miraba satisfecho a mi compañero y a juzgar por el movimiento afirmativo de su cabeza se hubiera dicho que aprobaba ampliamente sus declaraciones.

¡Prosiga! – exclamó deseoso de oírlo. Me miraba sorprendido.

En un comienzo todo este absurdo relato me interesó, pero luego terminé por descenderme y me puse a pensar en otra cosa.

Cuando la conversación llegó a su término, el abogadillo, dirigiéndose a mi, me preguntó si tenía algo más que comunicarle.

-Sí –dije-. No quiero que usted me defienda. Por mí puede irse.

-Esto es el colmo. Me manda llamar de urgencia, me hace perder tiempo y clientes y luego me despide. ¿Cómo se le ocurre? ¿Acaso no me debe mis honorarios? –vociferaba.

¿Cuánto de debo? –pregunté.

-Quinientos pesos.

Saqué mi talonario de cheques para cancelarle: pues deseaba guardar el efectivo que llevaba conmigo, para pagar la fianza en caso necesario.

-De ninguna manera le voy a aceptar un cheque. ¿Para que no tenga fondos? ¡Tan imbécil no soy!

-Puede preguntar al Banco –le sugerí-

-¿Y que adelantaría con ello? No, me tiene que pagar en efectivo.

-Estro es un abuso – exclamé abriendo la puerta me dirigí al oficial de guardia que en ese momento llamaba por teléfono. Fue preciso esperar que concluyera su conversación para explicarle lo sucedido. Con esa serena brevedad militar preguntó:

¿No dijo hace un instante que tenía dinero?

-Efectivamente lo tengo.

-Entonces, ¿por qué no le paga?

Muda a pesar mío tuve que sacar los quinientos pesos y depositárselos en su mano. No me liberé tan fácilmente del abogado: pues de nuevo se introdujo en el cuartocho para seguir la conversación con mi compañero. Parece que aquel le había encomendado su defensa.

Después de todo, ¿para qué necesitaba abogado cuando yo mismo podría defenderme? Lo más desagradable ara el verme forzado a tolerar la conversación de ese par. Toda la simpatía que me hubo despertado el ratero, desapareció. Se tornó presumido y

artificial. Luego entraron los detenidos. Estaban medio borrachos, y uno de ellos hipaba continuamente.

A mediodía me dieron un pan y caldo aguado, que me produjo náuseas.

Tras prolongada espera, fui conducido al juzgado, junto con los otros, para comparecer al otro día ante el juez subrogante.

Mis declaraciones ante él no me inquietaban. Me atendería solamente a la verdad. Todo se complicó, cuando declaré haber pasado la noche en casa de Magdalena. Comprendí que mejor hubiese sido callarlo. Pero, ¿qué podría decir en cambio? Por cierto pude contar muchas cosas que se me ocurrieron tarde. En fin, ya no tenía arreglo. ¿Cómo le iba a explicar al juez el haber entrado a una casa, sólo por curiosidad y que este hecho me llevó a conocer a Magdalena? ¿Me comprendería acaso? ¿Llamaría a Magdalena a declarar? ¿Qué diría ella? La noche que por primera vez la vi aparentó conocerme. ¿Con quién me confundió? Todas estas dudas me intranquilizaron de súbito.

A pesar que rogué al magistrado me dejara en libertad condicional; no accedió.

-Esta poco clara su inocencia, aunque no tiene antecedentes. Tengo que investigar más a fondo.

Y nuevamente fui encerrado en una pieza. Por la tarde de ese día comparecí nuevamente ante él.

-En la casa que usted. menciona no existe ninguna Magdalena ni mujer que se le parezca. Tampoco en esa calle.

A fin de constatar la presunta equivocación, pedí los objetos que me habían retirado. Allí conservaba el papel con la dirección que declarara. No dudé ya: estaba en la verdad. Como yo insistiera, el juez se molestó. Creyó seguramente que yo me estaba burlando de él.

Después me tuvieron dos días incomunicado. Sólo un abogado conocido logró mi libertad.

Caminar por las calles invadidas de sol y de viento. Ver el cielo muy azul manchado de nubarrones de espuma. Oír el gemido de las sirenas de los barcos, y pensar que se es libre. Lo más totalmente libre posible. Aspiré ancho, profundo, toda la libertad de mi mismo. Sólo deseaba vivir. Vivir mi yo, mis fracasos, mis éxitos. Sólo deseaba ser yo mismo. Decidí no volver más a la oficina. Estaba harto de ella. Trabajaría en otra cosa más de acuerdo con mis inclinaciones. No sería esclavo de ninguna idea. ¡Sería libre! ¡Libre! No quería ser víctima de mis actos inconcientes. Tendría conciencia de mi propio sentir.

Y de este modo resolví ir por la noche a casa de Magdalena.

Cuando llegué, la puerta estaba cerrada. Golpeé. Magdalena salió a recibirme.

-Pasa. Te aguardaba. ¿Por qué no has venido?

No respondí. Era muy grande la felicidad de verla. Nos besamos y ya nos perdimos uno en el otro. Me hacía tanto bien sentirla próxima. Pero ocurrió algo inexplicable.

Me había quedado dormido, cuando el ruido de unas risas y pisadas ligeras me sobresaltaron. Antes de despertar del todo, irrumpieron en la habitación a medio vestir seis mujeres armadas de bastones con los cuales comenzaron a golpearme. Trataba de defenderme de este ataque tan inesperado: pero como en las pesadillas de los sueños, mis puños no alcanzaban a tocarlas. Era angustiioso. Busqué a Magdalena. Ya no estaba en el dormitorio. La llamé a gritos. Tampoco apareció.

Era vergonzosa y ridícula mi situación. Las mujeres se reían mucho y una sugirió mantearme. Luego, con contentas con aquello, abriendo la puerta a la cabecera de la cama me lanzaron al abismo quebrada abajo. En ese instante de vértigo, una esperanza me hacía creer que estuviese soñando. Pero no. Efectivamente yacía desnudo al amanecer en el fondo del barranco. Y a juzgar por todos los dolores: quebrado, zafado, machucado. ¿Qué se yo? ¡Qué desesperación! ¡Qué rabia ¡Cuánta vergüenza! Traté de ponerme de pie y fue imposible. Miré a mi alrededor. Vi a un niño que corría por un senderito montado en una varilla. Le grité. Se volvió. Al verme des nudo gritando, se acercó tímidamente. Había sorpresa y curiosidad en sus ojitos oscuros.

-Trae algún hombre y una sábana-le rogué- díle que le daré dinero.

Sin decir palabra desapareció trepando cerro arriba. Al rato volvió acompañado de muchos niños: había una chiquilla den medio de ellos. Todos se pusieron a reír. Furioso les grité que estaba quebrado, con dolores, que me sacaran. Apareció un hombre bastante corpulento que se hizo cargo de la situación y gracias a él fui conducido a mi casa.

Pasé dos meses en una clínica traumatológica.

El día que pude caminar normalmente, acompañado de mi mejor amigo ascendí nuevamente por el ascensor de la torre. Atravesé el puente y busqué la callejuela: quería conocer la verdad sobre lo ocurrido.

-Aquí está- le dije a mi amigo, señalándole la casa.

En la vereda, una chica encubría un volantín. Golpeé. Una mujer, gorda, del pueblo, de bondadosa expresión, salió a recibirme secándose las manos en su delantal.

-¿Qué se le ofrece, señor?

-Quisiera hablar con Magdalena- dije.

-Aquí no hay ninguna Magdalena.

-Pero sí –insistí, describiéndole el aspecto de ella.

-Les ha dado por preguntar por una Magdalena. Vinieron hace poco de Investigaciones con la misma cantinela. Aquí vivo con mi marido y mis hijos desde hace más de cinco años y esto se lo puede decir cualquiera de mis vecinas.-Diciendo esto cerró la puerta.

;e dejó estupefacto. No era posible. Interrogué a la chica. Había nacido en aquella casa.

Todas mis pesquisas fueron inútiles. Nunca supe nuevamente de Magdalena y hube de aceptar que no era totalmente libre, ni dueño de mi mismo, que estamos rodeados de misterio y que por eso, tal vez, amamos tanto la vida.